

## Un día típico de la Quinta Cohorte

María Paula Reyes Ramírez, Lorena Vallejo Labrada,  
Paula Alejandra Devia Libreros y Andrés Kaitzberg Lasso

15 de marzo de 2012, amanece en la Sultana del Valle. Sin muchas horas de sueño, María Paula, inicia su jornada a las tres de la mañana. Ha sido una semana dura de trabajos, lecturas y laboratorios. Pareciera que algunas veces, los profesores se olvidan que además de estudiantes, en la quinta cohorte hay hijos, nietos, novios, novias, deportistas y holgazanes. Con un vaso de agua en las manos y la inspiración que muchos desean, María Paula comienza a trabajar.

A unas cuadras de la ciudad, en el mismo oeste caleño, otro estudiante comienza su día. Se despierta pensando en que su madre, tiempo atrás, se habría levantado a rezar, preparar comida y alistarse para el trabajo. Andrés no piensa en rezar. La responsabilidad que siente frente a sus compañeras, lo presiona. No desayuna, enciende su computador y se sumerge entre libros y fotocopias.

Al oriente de la ciudad, el sonido de un despertador a las 4:45 de la madrugada, da la primera señal a Lorena antes de levantarse. La seduce la pereza pero el sonido perturbador de un gallo de corral, cortesía de la vecina que añora tener un elemento del campo en su casa, la obliga a abandonar su capullo. Una vez sale del baño, su madre la espera para hacerle una curación en una herida provocada por la picadura de un insecto. Luego, comienza su éxodo a la universidad.<sup>26</sup>

A las cinco de la mañana Alejandra se levanta. Se dirige al lavadero buscando su toalla que le ayuda a controlar las mil agujas heladas en su cuerpo después de la ducha. Se viste de médico y como no alcanza a desayunar en casa, toma una botella de Pepsi y una hoja de papel aluminio para empacar una torta. Acosada por una ley que a muchos les da igual, sale antes de las seis con su padre; ella, a la universidad y al consultorio, él.

En ese mismo momento, María Paula comienza su viaje, una hora aproximada, gracias a las obras de construcción vial. Va hacia Juanambú a la casa de su novio; en la puerta de la casa, piensa fugazmente que se han invertido los papeles pues ella, presurosa para vestirse espera a su novio que se arregla para ella. Con un beso cálido y el comentario burletero sobre la música que suena, comienza el viaje hasta la universidad, faltando media hora para ingresar a clase.

Andrés lleva a su madre al trabajo; sabe que es el único momento que tiene para hablarle y expresarle de manera implícita lo mucho que la quiere. Tan pronto su madre se baja del auto, sigue conduciendo, quejándose de los taxis, las motos y las bicicletas. Llega a la Universidad a las 6:40 de la mañana, fruto de un trauma anterior, cuando por dos minutos tarde, se quedó por fuera de la clase.

Lorena no tiene auto, pero sí mil quinientos pesos para llegar. Camina unos metros hasta encontrar un Recreativo siete, se ubica al lado de la puerta, exponiendo no solo media vida, sino media maleta, entre la bruma del día. El bus está lleno como una lata de sardinas. Ella cuida su maleta esquivándola de bicicletas y motos. Termina su recorrido a las 6:45 de la mañana. Con unos cuantos minutos de ventaja con relación a sus compañeros, entra al salón de clases.

Como Alejandra ha salido temprano y confía en la pericia automovilística de su padre, llega prácticamente a abrir la universidad, a las seis de la mañana. Fresca y caminando despacio, se dirige al auditorio donde será la clase.<sup>27</sup> Diferentes horas, diversos desayunos y distintos medios de transporte. No obstante, tan pronto suenan siete campanadas en los relojes de la Sultana, todos son iguales. Conforman un cardumen: La famosa quinta cohorte, que deja su rol de hijos, nietos, novios, novias, deportistas y holgazanes en la puerta, y juega a ser un nutrido grupo de estudiantes, todos con un mismo objetivo en la mente, ser excelentes Médicos Javerianos, el día de mañana.